



ETAPA Segundo Domingo de Adviento – San Lucas (3, 1-6):

«Una voz grita en el desierto: Preparad el camino del Señor»

Os invito a seguir contemplando el amor de María: un amor atento, dinámico, concreto. Un amor lleno de audacia y completamente proyectado hacia el don de sí misma. Una Iglesia repleta de estas cualidades marianas será siempre Iglesia en salida, que va más allá de sus límites y confines para hacer que se derrame la gracia recibida. (4 Mensaje del Papa Francisco para la JMJ 2018)

Juan invita a preparar el camino del Señor. Juan se hace eco de la voz de Dios; y Dios no habla para que todo siga igual sino para que todo cambie, para que cambie el hombre y el mundo. Para que el hombre se convierta, para que el mundo se transforme. Dios habla para que el hombre vuelva su rostro a la Promesa y se oriente hacia el reino de Dios que se acerca, que está viniendo y que llega.

Donde Dios pronuncia su Palabra, que es promesa, nace la esperanza contra toda esperanza humana, la esperanza que no defrauda. Y la esperanza es la que nos mueve a hacer camino, elevar valles, allanar los montes, enderezar lo que está torcido, vencer las dificultades.

Adviento es ante todo y sobre todo el anuncio gozoso de la venida de Jesús. Pero Juan nos anuncia que esa esperanza debe ser activa. Debemos esperar actuando y vigilando. Si en el primer domingo la Palabra de Dios nos anunciaba la gratuidad de la salvación. En segundo, la llamada es a colaborar. Porque la experiencia de la salvación no se da solo cuando Dios ofrece su gracia, que es ternura y fidelidad, sino cuando esta gracia se ve realizada en la vida del hombre.

Es esta gracia, realizada en las circunstancias concretas de nuestra historia. Es la que convierte ante todos los hombres en signo de salvación universal de Dios, principio de felicidad.

Jesús no es solamente aquel a quien esperemos, sino quien eso era algo de nosotros. A través de su precursor nos pide un cambio en profundidad de mentalidad, de corazón: la conversión. No se trata de actos aislados por más costosos que sean, sino dar paso a la vida que Jesús tiene, anuncia y vive. Convertirse es ver la vida con los ojos de Cristo, esfuerzo que nos exige, abrir la mente, abandonar preconcepciones y permanecer despiertos.

Convertirse es no solo recibir la amistad y el cariño de Dios, sino hacerlo visible; es agradecer la justificación gratuita que Dios nos regala y esforzarnos por una justicia más humana; es reinventar cada día el ánimo y la esperanza, buscando los pequeños signos del paso de Dios. Haciendo lo que esperamos y compartiendo lo que recibimos.